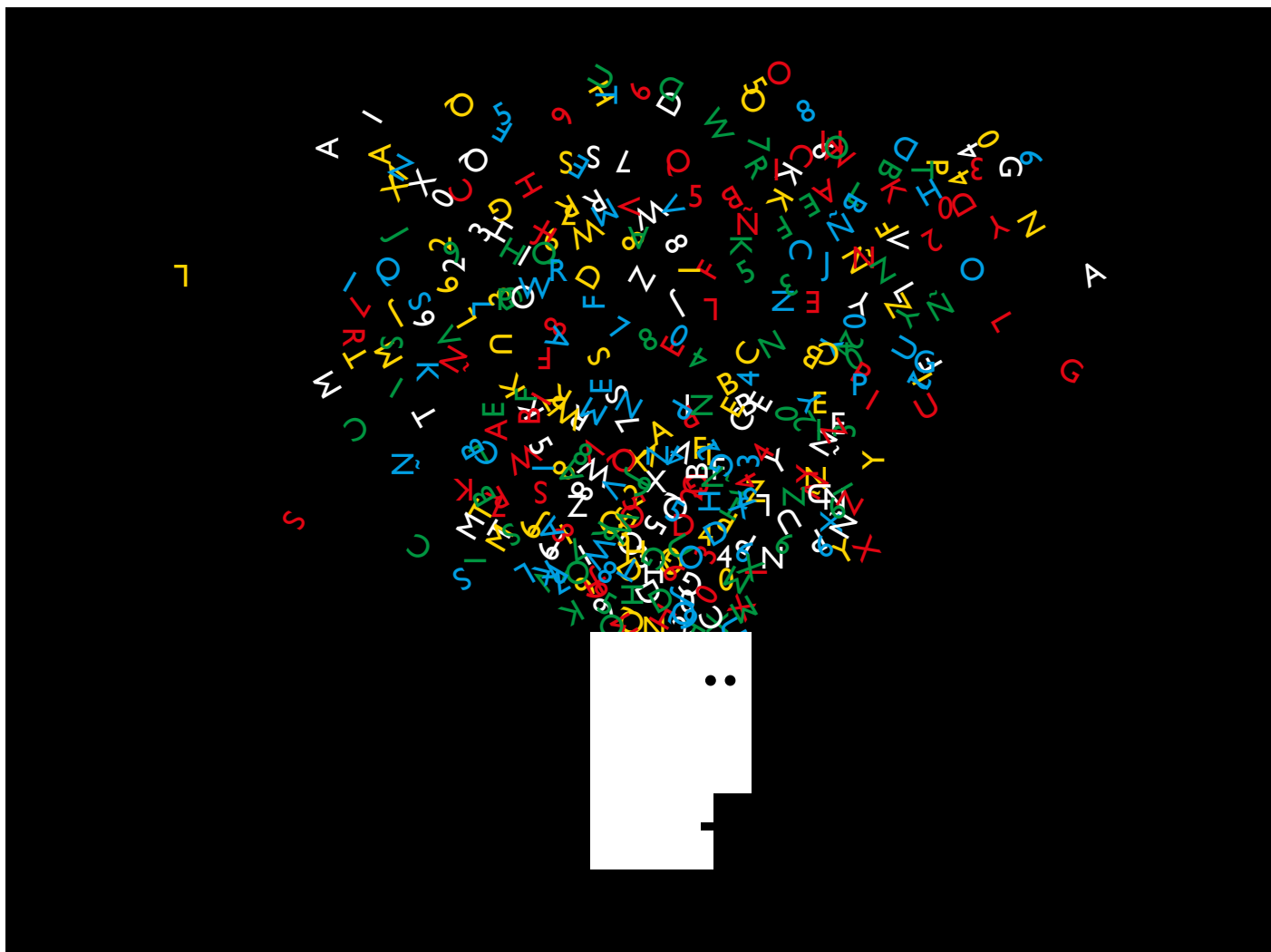


# Memoria y desmemoria

## Memoria e imaginación

Adrián Alonso Enguita

El arte de la memoria delata la problemática: la memoria se apoya en la imaginación.



Oscar Baiges

El arte de la memoria comienza con un mito. Es natural. Los mitos son herramientas de la mnemotecnia. Es sugestivo y repetido. Persistente para persistir. Porque si no se repite muere. Se olvida. Nuestro mito es el de Simónides, aquel en el que insiste Cicerón<sup>1</sup> y el anónimo del *Ad Herennium*, también Quintiliano en sus *Instituciones Oratorias* y, en definitiva, aquel que hoy

recordamos. El poeta (el primer memorista era un poeta, claro, no dejaban de ser ellos los voceros de las musas, esas seductoras hijas de Mnemosyne<sup>2</sup>) escapa a una catástrofe auxiliado por los dioses y es capaz de recordar la posición de todos los accidentados a pesar de haber quedado irreconocibles. Un cuento memorable: relato fantástico con personajes divinos y villanos arrogantes aleccionados por el héroe.

Un mito. También propaganda. Fácil a la memoria y con las claves del método: el espacio y la vista. Unidos. Como en un museo vemos los objetos colocados en los lugares (*loci*) familiares que la imaginación ha construido. El arte de la memoria delata la problemática: la memoria se apoya en la imaginación.

La memoria desemboca en la Historia, y la Historia reclama la grandeza de la ciencia al tiempo que desdeña las veleidades de la novela; mas cuidado, ese río que desemboca en grandeza bebe del

<sup>1</sup> Cicerón, *El Orador*, trans. Eustaquio Sánchez Salor (Madrid: Alianza Editorial, 2013).

<sup>2</sup> Véase Marcel Detienne, *Maestros De Verdad En La Grecia Arcaica* (Mexico2005).

manadero epistémico más sucio, a saber, la imaginación. De auxiliar a la Historia se ocupa Paul Ricoeur en *La memoria, la historia, el olvido*; y le acompañaremos pero no tan lejos<sup>3</sup>. Nos quedaremos paseando junto a dos amigos dibujando los límites de la futura discusión.

Las metáforas recogerán el testigo de los mitos —con semejantes funciones— para acometer la aporía. Comenzamos con la de la cera y el sello. Es Platón<sup>4</sup> quien acude a ella advirtiendo que la impresión externa marca la cera para abandonarnos mientras nos lega su huella (metáfora fecundísima en los futuros estudios de la memoria). Es la copia, el *eikon*, lo que permanece. La presencia de la ausencia. Y en la metáfora encontramos los límites: el error está en la falta de acomodo entre la marca y la realidad. La opinión verdadera, claro, estará en el correcto ensamblaje. Verdad y mentira. Vamos delimitando. La frontera siempre será el olvido, la borradura.

Cambiamos de metáfora: el palomar. La memoria como posesión en el olvido. El recuerdo como ejercicio de salvación del olvido. El error está en confundir palomas con pájaros salvajes. La falta está en no lograr apresar la paloma correcta. Una metáfora más: el retrato como mimesis, como copia fiel. ¿Copia? Sí, correspondencia con la afección original en las proporciones. A esta copia la denominará, cobrando todo su significado, *eikon*. A la copia infiel del sofista, *phantasma*.

En las metáforas tenemos todo el juego: la semejanza entre original y copia es la verdad. El arte mimético da la clave: imitación. Hacer creer como el arte hace

<sup>3</sup> Para una introducción al tiempo griego véase en esta misma revista Jesús Ezquerro Gómez, “La Filosofía Entre La Historia Y La Poiesis”, *Crisis* 4(2014).

<sup>4</sup> Para la metáfora de la cera y del palomar: Platón, *Teeteto* 191d. y 197b-c.; para la del retrato: *Sofista*, 234c y sig.

creer por semejanza... ¿Qué es la imagen? Es problemático. La imagen es un no-ser, un objeto que imita, un objeto que está junto a la imaginación. De nuevo la imaginación.

“ La memoria desemboca en la Historia y la Historia reclama la grandeza de la ciencia al tiempo que desdeña las veleidades de la novela; mas cuidado, ese río que desemboca en grandeza bebe del manadero epistémico más sucio, a saber, la imaginación. ”

Acudimos a un tratadito de Aristóteles: *De memoria et reminiscentia*. Ya el nombre nos da alguna pista: «memoria» como *pathos*, como afección, «reminiscencia» como acción en el sentido del *remembering* inglés. No nos importa ahora. Avancemos y leamos: «*La memoria se aplica al pasado*»<sup>5</sup>. Esta es la novedad: el tiempo<sup>6</sup>. Hasta ahora la memoria era espacio. Ahora es tiempo. Aquí se demarcará la frontera que buscamos. Es la presencia de la ausencia del pasado que permanece en el alma. La metáfora del cuadro le es útil al estagirita desde esta nueva coordenada: como dibujo el cuadro es *phantasma*, como referencia al otro, a la alteridad, es *eikon*. No recordamos la percepción sino la señal que deja la percepción, y ahora sí pueden entrar los conceptos que acuña el título del tratado: recordamos como *mneme* y como *anamnesis*. Ignoramos las referencias etimológicas que ligan al alumno con el maestro y nos fijamos en el

<sup>5</sup> Aristóteles, *Parva Naturalia*, trans. Jorge A Serrano(Madrid: Alianza, 1993), 449b.

<sup>6</sup> Véase Giacomo Marramao, *Kairós. Apología del tiempo oportuno*. (Barcelona: Gedisa, 2008).

detalle de la dinámica presentada: *mneme* como simple recuerdo, como *pathos*, como ordenación desde la causa de la afección (esa paloma que salta a la cara y sorprende, ese recuerdo que nos sobreviene); y *anamnesis* como búsqueda consciente donde manda el alma rastreando, viajando en el tiempo. ¿Cómo? Del modo en que un silogismo salta de una proposición a otra en función de su estructura, así los recuerdos remiten unos a otros por sus vínculos, asociándose, encadenándose, hasta señalar —hoy mediados ya por Husserl diremos que en su intencionalidad— al otro, al original.

Pero estamos merodeando sin encontrar el centro, y el centro será el tiempo. La memoria es del pasado. El manadero es la imaginación. Aristóteles lo acepta. No puede no hacerlo. Pero el *eikon* se distancia del *phantasma* a través del tiempo, a través de su doble estatus ontológico. El *eikon* referencia al pasado, al otro. El *phantasma* se cierra en sí mismo. Uno viaja al pasado como un silogismo, ya lo hemos dicho, el otro se entretiene en su arte. El *ars memoriae*<sup>7</sup> de Simónides saca músculo en tanto se acerca a la imaginación siempre tratando de no olvidar que es un *eikon*.

Ya tenemos una primera solución: la Historia no es novela porque se vincula al pasado. Cogemos aire a cambio de recibir nuevas problemáticas — ¿qué relación hay entre la causa externa y la afección inicial? ¿quién y cómo juzgar la verdad del vínculo? ¿cómo evitar y detectar la manipulación?— aún hoy abiertas. Sin embargo el juego queda lanzado. Las reglas expuestas. Los límites marcados.

<sup>7</sup> La obra de referencia, sin duda, acerca del arte de la memoria es Frances Amelia Yates, *El Arte De La Memoria*, trans. Ignacio Gómez de Liaño(Madrid: Ediciones Siruela, 2005).